

El colonizado y el colonizador en una selección de la literatura filipina

Juan R. Horta

Si se estudia dentro de la historia y de la literatura las situaciones política-económicas del archipiélago de Filipinas y de la isla de Puerto Rico, se presenta un paralelismo colonial. Al igual que en Puerto Rico, el archipiélago tagalo también fue invadido por las fuerzas armadas de Estados Unidos a raíz de la Guerra Hispanoamericana. La diferencia estriba en que Filipinas mantuvo una guerra de independencia contra España, desde 1896 hasta 1898, en la cual logró una victoria parcial; pero este conflicto separatista continuó hasta 1907, en contra de la invasión y del dominio estadounidense. James B. Goodno menciona en su obra, The Philippines: Land of Broken Promises, que murió alrededor de un millón de habitantes del archipiélago, de una población de 9 millones, en la Guerra Filipinonorteamericana. Se establece que la mayoría de los decesos fueron hispanofilipinos (31).

Filipinas y Puerto Rico se convirtieron al paso del tiempo en colonias controladas por las fuerzas armadas norteamericanas. En ambas naciones, el gobierno norteamericano impuso el inglés como idioma oficial en los sistemas educativos, además de un control en la política y en la economía. En Puerto Rico, el idioma inglés no se desarrolló a su plenitud y se conservó el español como lengua principal de la Isla. Mientras tanto, en el Archipiélago de Filipinas el inglés desplazó al español a través del siglo XX, hasta convertirse, junto al tagalo, en los dos idiomas oficiales de este archipiélago asiático. Además, bajo el dominio estadounidense, en Filipinas y en Puerto Rico, se desarrolló la creación de una literatura que señaló y criticó la situación colonial norteamericana en los primeros treinta años del siglo

XX. En el archipiélago tagalo, desde un punto de vista histórico-literario, se encuentra una rica literatura hispana a partir de 1898 hasta 1946 cuando el tema principal es la nueva situación colonial. A este período se le conoce como la época de oro de la literatura hispanofilipina.

A través de la historia de la literatura filipina podemos observar como José Rizal, durante el siglo XIX, fue su principal escritor. Tanto su poesía como su teatro están llenos de sentimientos nacionalistas o patrios y críticas al sistema colonial español. Este escritor, aunque muere a finales del siglo XIX, deja la base, para que nazca un tipo de literatura nacionalista, de tendencia social y de resistencia en contra del dominio norteamericano. En la literatura hispanofilipina, al ver como la política y la economía norteamericana absorben su cultura, surgen figuras que siguen el ideal de Rizal, como por ejemplo: Manuel Bernabé, Jesús Balmori, Adelina Gurrea y Antonio Abad. Se puede decir que estos escritores crearon una literatura de protesta o de resistencia, en la cual presenta cómo el colonizado se relaciona con el colonizador y cómo son parte de un referente histórico. Asimismo, la historia, a manera de disciplina socio-humanística, se utiliza para tener presente un cuadro o una fotografía sobre el entorno de acuerdo con las circunstancias que el emisor describe. En Filipinas, la transformación colonial se manifestó por medio de la imposición de la supuesta superioridad cultural angloamericana por encima de la filipina; otra forma, fue la de imponer el capitalismo estadounidense al sistema comercial tagalo. A la misma vez, el aspecto más exitoso, para llevar a cabo dicho control económico, fue el emplazamiento del español por el inglés. Esta desviación cultural, que ocurrió en Filipinas, se discute generalmente desde varios puntos de vistas históricos, políticos, económicos o puramente lingüísticos.

Otra manera, de observar cómo ocurrió el control colonial en la población, es la literatura. Por lo tanto, se determina que la literatura es un reflejo de la historia y de la lucha de

clases (Gallas 45). No se trata de exponer que el discurso literario es un documento histórico; pero en diversas situaciones, la literatura de resistencia o de denuncia social se convierte en un mensaje para que los receptores adviertan lo sucedido y, a la misma vez, desarrollen una conciencia clasista sobre el período histórico. También por medio de los géneros literarios, que practican estos mensajes de crítica social, se unifica el pretérito con el presente como un documento escrito para la población o la nacionalidad afectada.

De acuerdo con Georg Lukács, existe en el discurso de denuncia social un concepto que se le da el nombre de realidad objetiva (22). En este caso, el emisor expone directamente las cualidades culturales de la clase dominante y de la asalariada. De igual forma, se presenta la relación y el dominio de una clase sobre otra. Para Lukács, el emisor es el intermediario entre la realidad histórica y el receptor. Una literatura de este tipo de discurso expresará con claridad el funcionamiento y el mecanismo del orden social existente, las raíces de sus contradicciones, sus fallos, su horror, la explotación social y económica, sus barbaries y su derrumbamiento.

Una representación de este discurso de protesta social es la poesía del poeta filipino, Manuel Bernabé y Hernández. Esta obra se distingue porque manifiesta un elogio al personaje principal de la hispanidad en la obra máxima de Miguel Cervantes Saavedra, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. En el poema de Bernabé se observa cómo, con la muerte de don Quijote, Filipinas pierde sus espiritualidad hispana y, con ella, la cultura. Mientras tanto, Sancho Panza representa al materialismo y al sistema colonial estadounidense. El poema de Bernabé y Hernández dice así:

LA MUERTE DE DON QUIJOTE

¿Qué tienes, buen Quijano? ¿Por qué lloras?
¿Por qué, a lomos del bravo Rocinante,
miras la eterna sucesión de auroras
en el Levante?

Amparo de doncellas, flor de sabios,
vencedor sin igual en las batallas,
desfacedor de cuita y agravios,
di, ¿por qué callas?

¿No soñaste en princesas y dragones,
molinos y cabreros no venciste?
¿Tú no calzaste espuelas de ilusiones?
¿Por qué estás triste?

Si el mundo es tuyo en tus cien mil locuras
y al blanco Clavileño, lo has atado,
¿por qué en la hora de morir, abjuras
de tu pasado?

Di la razón vital de tu enmienda,
el mal que causan tus extrañas trotes;
y el mundo, el mundo sin razón que aprenda
de los quijotes.

...Y el buen Quijano, dando una voz muy fuerte,
Con Sancho y con el cura entre su vera,
me respondió, a dos dedos de la muerte
de esta manera:

—¡Loado sea Dios, que no me pierde
en la red de mis tristes aventuras:
si viví loco, he de morirme cuerdo!
¡Adiós, locuras!
¡Adiós, ventas, molinos de los vientos,

la del Toboso, pertinaz simpleza
que de humo relleno los aposentos
de mi cabeza!

La ilusión es la luz que apenas arde
y que presto se disipa, en nuestro daño:
¿Por qué, Dios mío, me mandasteis tarde
el desengaño?

Pues tengo de morir, a Sancho Panza,
espejo de los fieles escuderos,
que en mis hambres y sed me dio pitanza
doy mis dineros.

Salte a los vientos rota mi quimera,
y, pues, del mundo aún el futuro es ancho,
¡muera el Quijote, el desatino muera!,
y ¡viva Sancho!

Sancho es el porvenir, bien que nos llama,
Quijote es la ilusión que el alma hiere;
es mariposa que, al tocar la llama,
se ahoga y se muere.

No se puede vivir cazando estrellas,
porque el vivir de antaño y el de hogaño,
está tejido con las cosas bellas
del desengaño.

Que yo a los hombres escarmiento sea:
como la tierra mis funestos brotes;
y se acabe de un soplo la ralea
de los quijotes...

Esto diciendo, se aquietó un minuto,
y luego fue doblando la cabeza:
moría flaco, inane, triste, enjuto,
y en la pobreza. (“La poesía hispano-filipina” 16)

Al analizar simbólicamente los dos personajes principales de la obra de Cervantes, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, existe un paralelismo social-económico entre don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote simboliza la España en decadencia, en donde recuerda y critica a la monarquía de la casa real de los Habsburgos; además, simboliza la grandeza del pasado castellano, en conjunto, con su espiritualidad y las diversas culturas que componían el Reino de Castilla. Por otro lado, el personaje de Sancho encarna la realidad materialista y la nueva burguesía que deseaba salir del atolladero medieval para sustituir a los aristócratas feudales. No le interesaba el aspecto espiritual de la cultura hispana porque su único deseo era la prosperidad económica. Sancho, simplemente, ronda la forma de pensar de la economía mercantilista o pre-capitalista renacentista, que acepta otros modos de pensar, ajenos a su cultura, siempre y cuando este cambio le traiga beneficios económicos.

Otro poeta filipino que muestra su hispanidad durante la ocupación militar norteamericana es Jesús “Batikuling” Balmori (1887-1948). Su poesía muestra la desdicha de una generación que está desapareciendo rápidamente. Este poema, escrito en forma de carta, es un ejemplo de la amarga y dolorosa situación que se presenta:

Querido amigo: se trame lo que se trame
y se legisle y ore y se cante y se ame,
en toda Filipinas, mientras alumbre el sol,
se seguirá escribiendo y hablando en español.

No hay peligro que muera el castellano idioma
sobre el tallo en que un día floreciera fecundo.
El pueblo lo conserva como un precioso aroma,
y con él se perfuma ante Dios y ante el mundo.

Triunfará sobre el cálculo y la ruin amenaza
y se hará en nuestros labios ritmo, de gloria, eterno.
Lo defienden los hombres más aptos de la raza,
y lo guardan las leyes más justas del gobierno.

No existe valor patrio a su valer análogo.
Ni late en nuestra historia otro motivo igual.
En español Mabini redactó su Decálogo
y en español cantando, dio su vida, Rizal.

Puedo decir, henchido de orgullo soberano,
que bajo el exotismo de nuestra vida extraña,
en Filipinas se habla y escribe en castellano
como se escribe y se habla en España.

Luciendo hasta cegar su clámide suntuaria,
marchará el español bajo arcos triunfales,
mientras cincele Briones su prosa lapidaria,
y cante Bernabé sus versos inmortales.

Es el verbo que se hace pálida luz de luna
cuando hombres y mujeres van del amor en pos;
el verbo con que Recto deslumbra la tribuna,
y Monseñor Guerrero habla en nombre de Dios.

Es la seda primorosa con que la sampaguita
el seno de la virgen del terruño engalana,
y es el santo rosario que ofrece la abuelita
cuando se hace la noche filipina y cristiana.

¿Cómo vas a extinguirte, dulce idioma español?
¿Cómo vas a dejarnos, romancero de amores?
¡Si has de morir, será cuando se muera el sol,
cuando no queden pájaros, ni mujeres ni flores!

Cuando la voz de Cronos, con acento apagado,
resuena señalando una nación en ruinas:

«¡Aquí existió un país florido y encantado,
que en honor de Felipe se llamó FILIPINAS!»

(Montoya 2)

El mismo Jesús Balmori escribe un drama, que se cataloga como la obra cumbre de esa generación, titulada, Filipinizada a los Filipinos. En este caso, se presenta la literatura de denuncia social por medio del teatro. Se manifiesta una crítica directa al pueblo filipino por aceptar el coloniaje norteamericano y por abandonar sus costumbres o raíces filipinas. Balmori utiliza el protagonista de la obra, de nombre Rafael, para señalar este problema cultural:

La felicidad de los hombres y los pueblos depende de ellos mismos. El que es desgraciado, es porque quiere serlo. Recuerda al pueblo y a los hombres de nuestro ayer. Piensa en nuestra revolución. Entonces se quiso y se supo ser filipino. Entonces supo el mundo, y la misma nación que nos colonizaba, que ya existía Filipinas. Entonces se nos dio un libro de oro en el que Bonifacio comenzó a escribir con la punta ensangrentada de su bolo nuestra historia. Lástima de sangre vertida, de evangelios escritos, de ideales predicados con la acción y de libertades conquistadas a flor de martirios y heroísmos si una vez libre Filipinas de todo extraño yugo, los filipinos estamos más que nunca esclavizados por influencias y poderes extranjeros. ¡Filipinizaros! ¡Clama Quezón desde la tribuna y Rizal desde Bagumbayan y Luna desde Cabanatuan!... ¡Filipinizaros! ¡Dejad la túnica prestada para que no os desnuden en medio del camino! ¡Abandonad el idioma que no os pertenece, la moda que os ridiculiza, todo lo que os afea y os arruina y os

deshonra! ¡Vuestro pueblo es el pueblo más hermoso del mundo; vuestra raza la más sencilla y generosa! ¡Podéis vivir solos y orgullosos sin envidiar a nadie, envidiados por todos, y ser fuertes, poderosos y libres como vuestros «tamaraos» y vuestras águilas! ¡Filipinizaros para que vuestras mujeres vuelvan a ser un sueño de poetas y vuestros hombres tornen a ser los Mabini de vuestros decálogos gloriosos y los Gregorio del Pilar del Paso de Tirad! ¡Filipinizaros, por amor a Dios, por amor a la libertad, por amor a vuestra raza! (Farolán “Teatro” 2)

Otra situación social, que se observa en esta obra, es la imposición de un idioma extranjero, el cual se refiere al inglés, al exponer: “Abandonad el idioma que no os pertenece”. Una forma de la metrópoli someter a una colonia recién adquirida es por medio de la educación y del idioma. La imposición de un habla dominante, sobre otro, es la base de toda potencia para comenzar una completa asimilación o transculturación ideológica. La colocación de una lengua del superestrato, sobre una en el adstrato, es común en aquellas potencias que poseen colonias y tratan de imponer su cultura (Lázaro 383).

Dentro del teatro filipino, no se puede dejar de mencionar la obra de Adelina Gurrea Monasterio con su obra Filipinas. En este drama se alude a la explotación y al maltrato por parte del coloniaje norteamericano. Uno de los personajes principales es el Tío Sam, el cual simboliza el capital estadounidense. Otras figuras que aparecen en el drama son Filipinas, Historia y España:

FILIPINAS: Pero ¿por qué no dices, tío, que en lo de la independencia jugó bastante papel el azúcar y la margarina, sus fabricantes y sus importadores en América? ¿Y qué vas a ir poniéndome impuestos en mis importaciones a tus territorios?

TIO SAM: ¿Qué quieres decir, ingrata? ¿Es posible que te duela ese poquito de ventaja que saco de ti y no te acuerdes de todo lo que te he dado? Nunca creí que me pagaras así. Me hace mucho daño oírte... y me da mucha pena este comportamiento. (Farolán, “Teatro hispanofilipino” 2)

Edmundo Farolán establece que el teatro filipino fue el instrumento de protesta utilizado por los escritores hispanofilipinos debido a la censura que existía por parte del gobierno norteamericano. Para evitar la reprobación, el literato escribía simbólicamente para así metaforizar el problema social existente (Literatura hispanofilipina 13).

Otro género muy utilizado fue la narrativa, principalmente la cuentística. En el cuento de Antonio Abad (1894-1970), titulado “La oveja de Nathan”, presenta un aspecto de la vida del cualquier filipino, en este caso, representado en el personaje de Mariano Bontulan. El joven decide unirse a la marina o armada de Estados Unidos. Dicho discurso narrativo critica el reclutamiento de los filipinos durante la Primera Guerra Mundial en las fuerzas armadas norteamericanas. En esta narración, se exterioriza una paradoja al indicar cómo los filipinos formaban parte del ejército estadounidense y combatían por una causa que se les negaba:

¡Oh, sarcasmo de los sarcasmos! A los filipinos se les negaba incluso la capacidad de regirse por sí mismos, alegando que no podrían establecer un gobierno estable, y ya ellos, alucinados con la palabreja de fabricación aliada, se metían a combatir por la causa de una civilización que Estados Unidos se empeñaba en negarles. (García 236)

También en este cuento, escrito en 1922, Antonio Abad se queja de la explotación por parte de las grandes potencias

como Inglaterra y Alemania. Pero a la misma vez justifica la conquista y colonización española, porque de acuerdo con Abad, España suministraba toda su fuerza para lograr cambios e intercambios culturales y económicos:

La conquista española no eran avances de pulpo que succiona los jugos vitales de los pueblos donde sus tentáculos llegaban. Al contrario, mientras Inglaterra y Alemania se nutren de sus colonias con una explotación la migaja de sus naturales recursos. España, al conquistar, mandaba toda su energía a los pueblos conquistados a través de los ignotos mares, como si quisiera transfundir lo mejor de su sangre en las venas de los organismos recién adquiridos. Por eso España quedó como desangrada y anémica, porque sus mejores hijos, los más aptos para la lucha, atravesaban el océano y creaban nuevos pueblos allí donde ponían la planta. ¿Qué duda cabe de que la conquista española tuvo también sus defectos? ¿Qué duda cabe de que a la sombra y su civilización cometieron grandes abusos, enormes crímenes? (235)

Este cuentista señala la explotación consumista impuesta por Estados Unidos, en el archipiélago filipino al exigir como colonizador, pero sin ofrecer nada a cambio. Prácticamente, presenta el sistema neoliberal del siglo XX en el cual la metrópoli otorga la libertad política a una colonia, pero controlando su capital o economía:

España pegó fuerte mientras pudo, y pegó porque tenía un látigo en la mano, pero mientras pegó, civilizó. Ahora, los modernos conquistadores parecen que no pegan, pero tampoco civilizan. Chupan la sangre del nativo dejándole sin vida después de cierto tiempo. Y

si civilizan al indígena es con la mira de que, en lo futuro, sea un consumidor perpetuo de sus productos, creando en él necesidades ficticias y artificiales, convenciéndole de que sus propias cosas son indignas de un hombre civilizado. De ese modo, si no llega a perder su libertad política, pierde irremediabilmente su libertad económica. (235)

El tema escolar se encuentra en el cuento del poeta Manuel Bernabé y Hernández, titulado “El maestro que paró en la cárcel”, publicado en 1936. En este caso, el personaje principal, Francisco Agramento, de familia humilde y campesina, decide estudiar y graduarse de maestro para progresar económicamente. Tanto los padres de Agramento, como él mismo, pasaron vicisitudes y problemas económicos para que el joven pudiera terminar su carrera. El joven, al graduarse y buscar empleo, se dio cuenta que si no tenía recomendaciones no podría ocupar un puesto de maestro en el Departamento de Instrucción Pública de Filipinas. Al final, consigue un trabajo como conductor de un autobús, pero comete una infracción y al no poder pagar la multa, lo encarcelan:

A la mañana siguiente comparece ante el Juzgado Municipal y, como no puede pagar la multa, tiene que ir con sus huesos a la cárcel. He aquí, buen lector, una curiosa estampa de estos días. El maestro que queriendo trabajar paró en la cárcel. Francisco es un ejemplo al vivo de esa juventud inconsciente, cuyo pecado es no conocerse a sí misma, arrastrada por la vorágine de las cosas multitudinarias. Como Francisco hay dos, tres, muchachos jóvenes que lloran el día en que cogieron un libro y entraron en una escuela. Los diplomas se pudren o son comidos por el anay en el

viejo armario. Son billetes de banco que no tienen ningún valor. Papeles de introducción para un destino inexistente. Vidas, al fin, que erraron de rumbo, para tentar la tragedia. ¿Verdad que si Francisco no hubiese venido a Manila y se hubiese quedado en su provincia, arando los campos a lomos de un carabao, hubiera sido feliz? (287)

Dos años después de que Estados Unidos se anexase el archipiélago de Filipinas, en 1898, comenzó una transculturación social-económica por medio de un ejército de maestros norteamericanos llamados «thomasites» o tomasitos. Éstos toman dicho apelativo debido al nombre del barco de la armada en el que arribaron, el “U.S.S. Thomas”. En este caso, para que un filipino pudiera ejercer la profesión de maestro en el sistema escolar, le convenía dominar el inglés, juramentar respeto y lealtad a las leyes norteamericanas y poseer referencias políticas, tanto de filipinos americanizados como de norteamericanos. Además, durante los años que el referente alude, los grupos marginados tenían un escaso acceso a los centros de enseñanza superior. Estos estudiantes, pertenecientes a las clases sociales inferiores, se enfrentaron a una vida universitaria dominada por la alta burguesía adepta a la metrópoli. Este comportamiento colonial también se observó en otros territorios dominados por los Estados Unidos, como por ejemplo: Puerto Rico, Islas Vírgenes y Guam. Al igual que en los otros territorios, tanto en el sistema educativo como en el universitario de las Filipinas, se encontraban profesores estadounidenses y filipinos con estudios realizados en Estados Unidos (Domínguez 4). La universidad se presentó como un centro para unir ambas culturas o para que una se impusiera, académicamente, a otra. Louis-Jean-Calvet establece que las artes y las letras viven del poder colonial y es un comportamiento común que adopte la lengua del invasor (77).

Manuel Bernabé presenta a su personaje oprimido y sin escape de su referente histórico y en una constante búsqueda de la libertad. Este comportamiento social se aprecia, claramente, en la teoría del amo y del esclavo de Georg W. F. Hegel. Esta conducta viene a ser, simplemente, un concepto idealizado por la sociedad dominante para demostrar una libertad imaginaria. Hegel señala que el esclavo asalariado, en su pensamiento y gracias a su trabajo, puede transformarse. El oprimido, a través de la educación, crea un mundo más humanizado, pero, a la misma vez, crea una idea abstracta de la libertad (Kojève, 52). Por este medio, convive pacíficamente con el amo y así buscará la manera de justificar su esclavitud. También Hegel expuso que al esclavo luchar por su libertad en contra del amo, ponía en peligro su vida y la de sus seres queridos. Si se observa desde ese punto de vista, al dominado solamente le queda la forma abstracta de libertad, además de poder aspirar en algún momento de su vida a ocupar una postura contigua a su amo o quizás la posición de este último.

Desde un punto de vista literario, se encuentra un paralelismo entre la literatura filipina y la puertorriqueña. Estos discursos filipinos presentan una literatura de resistencia creada bajo el dominio de una metrópoli cuyo interés era, solamente, el concepto económico, a costa de la cultura de la nación intervenida. En las obras de los escritores filipinos seleccionados, se observan hechos históricos de los primeros cuarenta años del siglo XX; y se muestra a un sector en búsqueda de sus raíces, tanto filipinas como españolas, y, a la misma vez, en búsqueda de una razón de ser. En este caso, se exterioriza un nuevo esclavo moderno, asalariado y con un alto grado de consumismo. Estos escritores tratan de enseñar una evolución cultural, pero sin olvidar su hispanidad. Al igual que los nacionalistas o independentistas puertorriqueños, los separatistas filipinos utilizan el idioma castellano y su identificación hispana como símbolos para lograr zafarse de la

nueva metrópoli. Ya en diversas obras presentadas, se manifiestan la opresión, la explotación económica y la completa asimilación de una metrópoli que ve el archipiélago como un apéndice del capital estadounidense.

En el caso de Puerto Rico, en la década del treinta, Concha Meléndez estableció que Cuentos para fomentar el turismo, de Emilio S. Belaval, vino a pertenecer al orden del proletario debido a que toca la miseria del obrero puertorriqueño (El arte 88). Otros ejemplos de la cuentística puertorriqueña, de discursos parecidos, son: Terrazo de Abelardo Díaz Alfaro y Cuentos y leyendas del cafetal de Antonio Oliver Frau. En la literatura filipina se observa la misma tendencia que la puertorriqueña. Estos discursos escritos contemplan los problemas sociales, comportamiento de la burguesía colonial, la utilización de una metrópoli del pasado como ejemplo de progreso cultural y las características comunes del colonizado y del colonizador. Los escritores filipinos, en sus obras, plasman una realidad cruda pero sin abandonar su estilo y la depuración literaria.

La literatura hispanofilipina sirve para informar y avisar a las generaciones venideras, desde un punto de vista evolutivo, sobre hechos políticos, históricos, económicos y culturales. Por este medio, se obtiene una mejor comprensión de lo que aconteció en la primera mitad del siglo XX en la Asia hispana; y que, a la misma vez, es análoga a la situación política y económica de Puerto Rico. Al tener este conocimiento, como base, se puede comparar y analizar el paralelismo existente entre la cultura filipina y la puertorriqueña. Además, por este medio, se evitan futuros errores cuando a una nación se le trastoca su evolución cultural debido a la intervención militar por parte de una nación del superestrato.

BIBLIOGRAFÍA

Calvet, Louis-Jean. Lingüística y colonialismo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Domínguez Moreno, Emilio. “El proceso de desaparición del castellano en Filipinas”. Revista trimestral de la lengua y literatura hispanofilipina II.4 (1999). 1-6.

Farolán, Edmundo. “Teatro hispanofilipino; teatro de protesta”. Revista filipina IV.2 (2000):1-3.

—. “La poesía hispano-filipina: la edad de oro”. La guirnalda polar (septiembre1997):1-7. <http://www.lgpolar.com/index/php/portal..php?kl=117>

—. “Literatura hispanofilipina del siglo XX”. Tonos 3 (2002): 1-15.

—. “Literatura hispanofilipina: pasado, presente y futuro”. Revista filipina VII.2 (2003): 5-28.

Gallas, Helga. Teoría marxista de la literatura. México: Siglo XXI, 1977.

García Castellón, Manuel. Estampas y cuentos de la filipina hispánica. Madrid; Cuentos de Clan, 2001.

Goodno, James B. The Philippines: Land of Broken Promises, Nueva York; 1998.

Kojève, Alexandre. Introduction to the Reading of Hegel. New York: Basic Books, 1969.

Lázaro Carreter, Fernando. Estudios de lingüística. Barcelona: Crítica, 1980.

Lukács, George. Arte y verdad. México, D.F.: UNAM, 1972.

Meléndez, Concha. El arte del cuento en Puerto Rico. Nueva York: Las Américas Publishing Company, 1961.

Montoya, Manuel. “Permanencia y perspectivas de la hispanidad en Filipinas”. La guirnalda polar 82-7 (agosto 2003): 1-23. [http:// www. lgpolar.com/index/php/portal.php?kl=17](http://www.lgpolar.com/index/php/portal.php?kl=17)

